



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12615

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24.

SABIDO 30 DE JULIO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París A. Lorette, rue Caumartin 18; y J. Jowet, Faubourg-Montmartre, 81.

¡5 DUROS MENSUALES!

PIANOS

DE CUERDAS CRUZADAS
SUBLIME MARISTANY
MARCA R. MARISTANY

CASA FUNDADA EN 1870
¡5 MILLONES DE CAPITAL!

Sus miles y miles remitidos y vendidos para toda España es suficiente garantía de que son los preferidos a toda otra fabricación.

REMESAS DIRECTAS A ESA PROVINCIA

Reconocida y dictaminada SIN RETICENCIAS por el profesorado español y eminentes artistas extranjeros la marca R. Maristany como SIN IGUAL Y SUPERIOR a toda otra nacional

8 AÑOS GARANTIA con certificados por esta respetable casa PEDIR ANTES NOTAS DE PRECIOS Y DISEÑOS Plaza Cataluña, 18 Barcelona.

La cenicienta

Ese es nuestro papel en el conjunto de poblaciones españolas. De él no podemos salir; y ya sea en relación a la provincia, ya en el reparto de beneficios de la nación, Cartagena ha sido y es la Cenicienta y lo seguirá siendo, porque no vemos el camino para huir de esta situación desairada en que siempre estaremos.

Si los establecimientos oficiales de beneficencia que radican en

Murcia atraviesan situaciones críticas por causa de los pueblos que no pagan el contingente provincial, se recurre a Cartagena para salir de apuros; y mientras hay ayuntamientos para los cuales el no pagar es ley, cumplida escrupulosamente, el de aquí se ablanda a la segunda petición y abona lo que puede.

Seguramente no hay otro pueblo dentro y fuera de la provincia que haya sufrido tantas investigaciones como este, resultando de aquí que no hay quien pague más ni tan pronto como Cartagena.

En ese terreno es la preferida. La provincia la distingue sacándole dinero; y aunque lo ha de pagar, porque viene obligada a levantar las cargas provinciales con la cantidad que se fijó en su día, también se le fijó a los otros pueblos y no pagan algunos por que no les place.

Pero si en el pagar vamos en primer término, siempre solos, en el disfrute de cualquier beneficio vamos acompañados más de lo conveniente; dándose el triste caso de que para que el beneficio llegue a Cartagena ha de llegar antes a otras poblaciones.

¿Se necesita en el arsenal una máquina para levantar grandes pesos? Pues otra necesita el arsenal de la Carraca, y ó se hacen las dos ó no se hace ninguna.

¿Un dique seco para Cartagena? No será en tanto no se acuerde otro dique para el arsenal gaditano.

Hasta en la concesión de las murallas hemos salido por la puerta estrecha. Mientras Palma las ha logrado íntegras, Cartagena ha cargado con un sin fin de obligaciones para poder hacerse espacio y ventilarse.

Ese es nuestro sino.

Ahora surge otra nueva cuestión y claro está ó se favorecen los intereses del vecino ó se aplastan los de esta población. Nos referimos a los ferrocarriles interna-

cionales que han de atravesar el Pirineo.

El tratado hispano-francés sobre Marruecos parece que comprende la comunicación ferroviaria que se llamó un día Noguera Pallaresa y se llama hoy Toulouse Puigcerdá, cuya prolongación dejará totalizado un día el camino directo entre Cartagena y París.

Pero hay otra región,—la aragonesa,—que aspira también a enlazar con los ferrocarriles franceses; y no ha sido tan pronto oír hablar del asunto, cuando se ha alborotado, pidiendo, mejor dicho exigiendo, que ambas líneas sean construídas á la vez.

Y aquí vuelve á quedar el interés de Cartagena ligado á otro interés, porque ó se hacen al mismo tiempo las líneas de Canfranc y la que entra por Calalunya ó no se hace ninguna de las dos.

Parece natural que los aragoneses trabajaran su asunto sin mencionar del del vecino; pero eso que sería razonable no se estila aquí, sobre todo cuando juega el interés de Cartagena, que parece condenado á ir constantemente á remolque del ageno interés.

Si el gobierno francés no consiente la doble apertura ¿se romperán los tratados? Si estos beneficiar á España, ¿será cosa de renunciar al beneficio porque se oponga el interés de una región?

El gobierno habrá de decidir. Pero como dice el refrán que «á quien no pide Dios no le oye», bueno será que se diga algo sobre esto en la forma que sea y que lo digan los que por sus cargos y deberes tienen la obligación de hacer llegar a los poderes públicos los deseos de Cartagena.

Malo es que haya quien ponga condiciones para que se nos otorguen beneficios; pero no tendría nombre que por la oposición de algunas entidades fuese sustituido en el convenio franco-español so-

bre Marruecos, el Toulouse, Puigcerdá Ripoll por el Canfranc.

Por lo que pueda ocurrir, no hay que darse.

No se olvide que á Cartagena le viene como anillo al dedo el título que llevan estas líneas.

TIJERETAZOS

Dice un periódico: «Los periódicos de Cartagena se quejan, con razón, de hechos incalificables.

Existe en aquel puerto la costumbre tradicional, pero no por eso menos inculta, de arrojar al agua el día de Santiago á todas las personas que á las doce del día se encuentran en el puerto ó sus alrededores.»

¡Qué ignorancia la nuestra!

Al cabo de medio siglo, vivido en Cartagena, nos enteramos ahora de esa mala costumbre, bárbara, muy bárbara, que las autoridades locales toleran, ó no pueden impedir, según reza el periódico.

¿Será verdad que el día de Santiago se echa la gente al agua?

¡Ah! ya está entendido.

Q el periódico que ha dado la noticia no se ha explicado bien ó el colega lo ha comprendido mal.

Pues verá usted:

El muelle, á las doce, el día de Santiago, resulta una zona de ebullición y hasta un poquitín pornográfica.

La gente se echa al agua, es decir «tá lo echas», «el se echa» (yo no me echo, consúltalo en el periódico) «tá lo echas».

¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua?

¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua?

¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua?

¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua?

¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua?

¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua?

¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua?

¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua?

¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua?

¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua?

¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua?

¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua?

¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua?

¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua?

¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua?

¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua?

¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua?

¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua? ¿Se echa al agua?

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 146

campo que el anciano había alquilado sin decir nada á fin de procurar una sorpresa agradable á sus hijos y á donde los condujo el día mismo de su matrimonio.

Un mes despues de estas cosas, Jorge estaba en Pouilly.

No es dado á ninguna pluma describir las escenas, de que fué testigo la casita de Juan Castellan: cuando el magnánimo anciano vió á su hijo, corrió á él y lo inundó con sus caricias y sus lágrimas: la pobre madre, deshalada y sin voz, le estrechaba contra su corazón diciendo con voz ahogada.

—¡Jorge mio! ¡Jorge! ¡mi querido hijo!

—¡Padre, madre! ahí tenéis á mis salvadores: ¡esta es vuestra hija!

—Que os quiere y venera con todo su corazón, añadió Blanca recibiendo los abrazos cariñosos de los ancianos padres de su esposo.

—Bien venida seas á esta humilde choza, á donde volvíis la vida dijo el anciano.

Yo no soy más que un pobre campesino, pero mi corazón vale más que mis maneras.

—Ya os conocemos á ambos, porque no se puede ver á Jorge sin querer y respetar á los autores de sus días.

Entre personas leales y bondadosas bastan pocos

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 147

instantes para que la confianza y el abandono reinen en su trato.

Así es que á las pocas horas dominaba la más afectuosa intimidad entre todos aquellos corazones tan bien dispuestos á entenderse.

Dietrich se había apoderado de Juan Castellan, la madre de Jorge, María y Blanca conversaban alegremente entre sí, mientras que Jorge y Fritz estaban con todos.

—¡Ya no nos separaremos, padre mio! había dicho Jorge.

—Como tu quieras, hijo mio, con tal de que pueda seros útil para algo, así como tu madre.

—¿Pero qué penas hacer?

—Compraremos cerca de París, á algunas horas de la capital, una haciendita, y viviremos allí todos reunidos esperando los acontecimientos.

—Yo no puedo vivir desocupado.

—El papá, Dietrich, es muy entendido en las cosas del campo; hablareis de ello, dirigireis las obras de mejoramiento que sean convenientes, y no os faltará entretenimiento.

Mi buena madre, Blanca y la saya, se harán compañía aguardando á que Dios nos de hijos.

—¿Es decir que los criará ella?

LOS DOS HERMANOS

150

para preparar lo necesario á la instalación de la familia.

Todo estuvo dispuesto á los quince días.

El doctor había encontrado en Ville de Avray una casita encantadora, perdida en la campiña y Dietrich la había comprado amueblada.

Un anochuroso terreno cubierto de yerba, grandes jardines, bosquetes bien repartidos, un vergel muy cerrado formaban delante de la casa un conjunto de admirable efecto.

—Los niños estarán aquí perfectamente, dijo Dietrich despues de haber completado el mueblaje.

Poco lujo, lo cómodo y delicioso por todas partes, esto es.

—Buenos aires, aguas puras, un gracioso páseo.

—Es la salud, doctor. ¡Esto será bueno para todos! Voy á escribirles, y luego nos ocuparemos de encontrar alguna corta hacienda para que tengamos en qué entretenernos con el padre de Jorge.

—¡Excelente idea! exclamó Fritz, habremos llegado á plantar nuestras boles, como dice el adagio.

—Tendremos nuestra chobita para hacer los quesos, un pradito para sostener dos vacas, una ó dos sennas donde hagamos experimentos y cultivos de cultivo, mas que cultivo, propiamente dicho: haremos